

**Narrativa Catalana** El periplo de un melancólico antihéroe fascinado por la era de las máquinas sirve a Julià Guillamon para trazar una radiografía de las emociones en el capitalismo tardío. Y todo, con un brillante acabado

# Del sentimiento industrial

**Julià Guillamon**  
**La Moràvia**

GALAXIA GUTENBERG/  
CERCLE DE LECTORS  
178 PÁGINAS  
18,50 EUROS

**ELOY FERNÁNDEZ PORTA**

La microficción, también llamada “relato hiperbreve”, suele ser un jardín de estilo aseado y discretos ingenios. Pero en su libro *La fàbrica de fred*, una de las piezas más singulares de este género en las letras catalanas, Julià Guillamon decidió, hace ahora veinte años, que puede ser también el ámbito de la aventura formal y las preguntas mayores. ¿Qué fue de la era industrial? ¿Cómo contribuyeron sus productos a crear nuestra sensibilidad? Esos mismos interrogantes, planteados ahora en formato novelístico, persiguen a Barreiros, personaje único de *La Moràvia*. Y uno más se les añade: nosotros, cibernautas habituados al diseño ergonómico y las máquinas blandas, ¿somos, en verdad, descendientes

a la más ilustrada de las nostalgias. La segunda, más cercana y reciente, la describió su autor en un artículo titulado *Pastillas de freno*, publicado en este diario y recogido a posteriori en el volumen *Uh, Gabirú*. Se trata del hijo de obrero técnico que, al acceder a la educación superior, duda entre abjurar del mundo paterno y emplear la cultura, la que le ha arrancado de él, para dar testimonio de su desaparición. De aquella figura proviene el humor melancólico de Barreiros;

**Si la banda sonora del consumo es una canción tecno, este relato podría ser su línea de bajo**

do plano el aspecto socioeconómico del cambio generacional y destaca su dimensión estética y sensitiva. Ante su mirada inquisidora, los instrumentos de trabajo del padre, inútiles ya, se convierten en arte; la prosa administrativa de las empresas arruinadas, en lírica. El universo del peón fabril sólo cobra sentido cuando su hijo adquiere la sofisticación psicológica y la exquisita ociosidad que hacen falta para contactarlo. Al revisar, con ojos de esteta, la Era de las Máquinas, no traiciona su sentido, sino que restaura el vínculo familiar, restituyendo una experiencia vital largamente silenciada. Surge así un retrato exhaustivo, conmovedor y regresivo del carácter masculino forjado por la helada intimidad de los enseres, de la rutina de los rotores al termostato del confort, con la panoplia de la innovación técnica, qué se hizo, emblema del futuro ayer, nuestro *memento mori*.

**El fetiche es el hombre**

En consonancia con su tema, *La Moràvia* es un artefacto de intrincados motores y brillante acabado, que rehúye toda ilusión naturalista y pone de manifiesto la condición tecnológica de la escritura. En sus visiones de espacios y mecanismos hay cambios de ángulo más propios de una lente que de una pluma. Su prosa es poética en el sentido que cobró ese término durante el futurismo, y está fundada en recursos como la personificación y la éfrasis; de ahí brotan sus más virtuosos pasajes. Como el *Catálogo ACME* de Chris Ware, es un muestrario de novedades añejo y sentimental; al igual que el *Dead Media Project* creado por Bruce Sterling, es minucioso y azul. Al principio parece una historia sobre el fetichismo; cuanto más avanza, mejor comprendemos que los objetos son sensibles y elocuentes, y los fetiches somos nosotros, cuerpos programados para la producción, a los que alguien, algún literato quizá, ha atribuido, por licencia expresiva, cualidades como el recuerdo o el amor filial. Los primeros capítulos son una foto, en nitrato de plata, de los albores del sistema de mercado; los últimos esbozan una genealogía de las emociones en el capitalismo tardío. Si la música del consumo es una canción tecno, este relato es su línea de bajo. Es, en fin, la novela obsesiva, erudita y sensacional que cabía esperar del obrero especializado de *La fàbrica de fred*. *Guaranteed.* |



del fragor de la cadena de montaje? A fin de responderlos el protagonista se esmera en coleccionar los restos y las ruinas de aquella modernidad remota. El tacto del gres. Textura de baquelita. El aura de las expos universales: todo lo recobra, convertido su hogar, una antigua maltería, en museo de los sueños del progreso, su memoria en el mapa de sus vías descarriadas.

Como esas superficies pulimentadas que tanto le agradan, el protagonista es el resultado de una aleación: en él se combinan dos figuras literarias. La primera procede de la narrativa francesa de finales del XIX: es el antihéroe refinado y otoñal, como Jean Des Esseintes, que, dimitido del presente, se enclaustra, hace inventario y se abandona

**Como el ‘Catálogo ACME’ de Chris Ware, es un muestrario de novedades añejo y sentimental**

de ésta, su inquietud moral. Combinadas, crean una personalidad en que la contemplación nostálgica y el ánimo archivista se revelan como actos de responsabilidad histórica.

El tema del desclasamiento post-industrial suele aparecer en narraciones de corte realista y testimonial, como las de Xavier Benguerel, a quien no por azar está dedicado el libro. Pero Guillamon opta por otra perspectiva: deja en segun-

**Julià Guillamon en el edificio de la antigua fábrica Moritz, donde transcurre la acción de la novela**

KIM MANRESA